

# Balance de un curso

**1** A través de todo un curso, primero en "Ya", luego, desde el mes de noviembre, en esta página de MADRID, un grupo de técnicos en materias diversas hemos abordado semanalmente, al hilo de la actualidad nacional, el problema de España: la irracionalidad de nuestra vida colectiva.

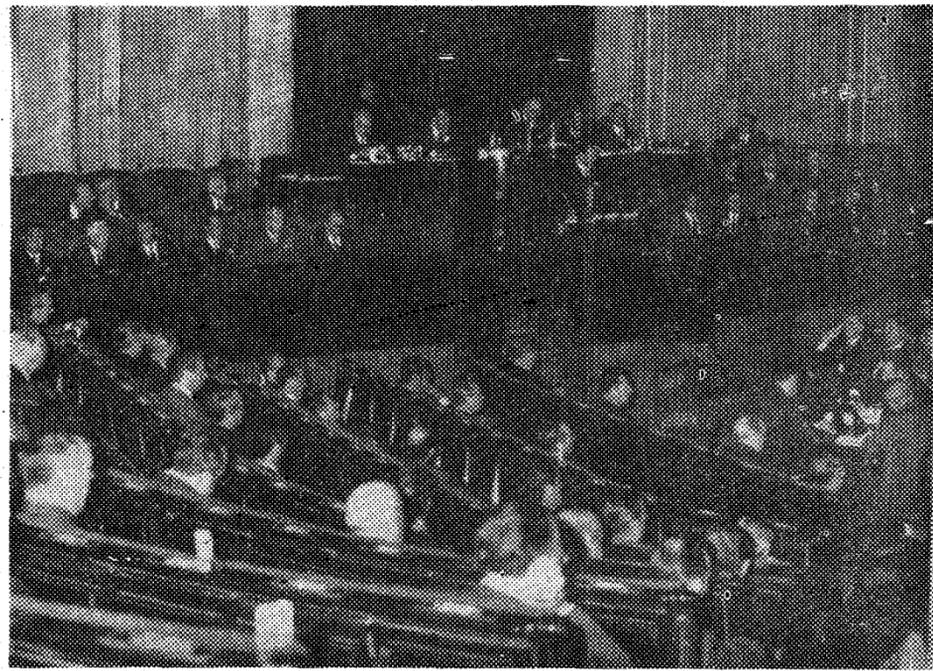
A muchos parece acuñante sanear la raíz política de esta situación, y "Juan Ruiz", con el lenguaje metafórico que es obligado, ha examinado los problemas de Portugal o Rumania, los conflictos de Irlanda o de Camboya, "sub specie Hispaniae". Sin embargo, las formas supremas de racionalidad alcanzadas hasta ahora por la vida política—la nación y el Estado—no son fantasmas y se encarnan en el plebiscito cotidiano y en la administración concreta de la cosa pública. Una larga serie de españoles ilustres ha preconizado, desde hace dos siglos, la ilustración de nuestra existencia comunitaria en tonos de admirable abstracción; pero por motivos diversos, la racionalidad de cada aspecto

particular—"aquí y, a hora"—quedaba descuidada y a manos, en el mejor de los casos, de la osada buena fe.

Tal ha sido el frente de combate durante todo un curso cualquiera que fuese el tema tratado, la producción triguera o la defensa nacional, la reordenación de los servicios educativos o la legislación sindical. Insistencia tal nada tiene de extraño si se considera que el morbo es el mismo por doquier. Nuestra vida pública parece dominada por fuerzas instintivas, contradictorias entre sí, propensas a la satisfacción inmediata de cualquier necesidad particular, ajenas a la lógica de los hechos, de las ideas y, por supuesto, marginales a los intereses superiores de la nación.

**2** No se trata de resumir aquí las cuestiones estudiadas a lo largo de todo el curso, sino de ejemplificar nuestra posición a través de casos concretos. En el sector económico hemos puesto de manifiesto la debilidad de la acción estatal, no por los medios empleados,

sino por los intereses servidos y los fines propuestos. Así, v. gr., en los sectores industriales de base (hulla y siderurgia), la empresa pública ha intervenido casi siempre con retraso para remediar las deficiencias de un archecapitalismo que, como corresponde a la senilidad, adolece de carencias y flaquezas infantiles. La política monetaria, única arma que nos es dada para controlar la coyuntura dada la inexistencia de una verdadera política fiscal, se aplica tarde y cede ante las presiones empresariales de todo tipo. La política financiera elude los problemas sustantivos de la financiación de nuestras empresas. La intervención pública en la agricultura, mediante el mantenimiento de precios protectores, aplica módulos un tanto desfasados, y si favorece a sectores cualitativamente minoritarios y tardigrados sigue impidiendo una oferta agrícola adecuada a la demanda; los excedentes—sin salida—de trigo y de cebada y el precio—doble al internacional—de la remolacha azucarera son buenas muestras de ello.



Por las Cortes han pasado a lo largo del año extensos programas. Antes del Pleno, estuvieron los debates en las Comisiones

En todos estos casos no reprochamos al Poder que intervenga, sino cómo interviene; más aún, abogamos porque el Poder alcance su forma racional—el Estado—, cuya intervención ha de ser esencialmente abstracta, distanciada y autónoma. Por el contrario, criticamos que una política intervencionista se limite a remendar el desgarrón más próximo, menos complicado o más exigente, sin plantearse nunca la tarea de hacerle a España el traje nuevo y adulto de una economía con vuelos. La gran ocasión para ello—el proceso de liberalización iniciado en 1959—ha sido desaprovechada e interrumpida.

De manera distinta—porque el apuntalado de la desfalleciente cultura nacional parece a los españoles problema mínimo—hemos detectado análoga tendencia en el planteamiento recibido por los problemas educativos en este año capital. Tras el horizonte abierto por el Li-

bro Blanco, la elaboración de la ley de Educación nos eleva al reino de la tautología—afirmación de indiscutibles panaceas—y de la utopía—proposición de metas sin prevenir los medios adecuados—mientras que al inferior nivel de las realidades sublunares—haberes, programas, subvenciones y controles, textos, calificaciones y tantas otras cuestiones que nos hubiera gustado ver tratadas—la educación del país sigue siendo presa de los más diferentes y naturalmente egoístas intereses estamentales, ante los que el Estado cede reiterada y contradictoriamente. Los suspensos abundan por obra de un profesorado privado notoriamente deficiente y de la redomada vagancia del adolescente celtíbero y, a la vez, se suprime la condición de alumno repetidor. Las Universidades proliferan a iniciativa de los casinos provincianos, mientras ni siquiera la de Madrid está, en muchos casos, dotada de un profesorado estable y seleccionado. Cuando los maestros nacionales protestan, y con sobrada razón, de su capitidismínica nacional, lo que se incrementan son sus responsabilidades a costa del nivel efectivo con que son desempeñadas... En el momento en que gran parte de las esperanzas de llevar a la práctica la ley se cifran en los Institutos de Ciencias de la Educación, el de Madrid no posee los medios necesarios para organizar un cursillo de formación del profesorado que se ocupara del futuro curso de orientación universitaria, ansiado sustituto del denostado Preuniversitario; los gastos correrán a cargo de los propios profesores oficiales...

nial desde un punto de vista más austeramente nacional que saharauí, la peligrosa situación del archipiélago canario, las asombrosas deficiencias de nuestra organización sanitaria...

**3** En todos estos temas—tratados y por tratar—fuimos conscientemente impopulares, porque todo intento de racionalización ha de chocar con el empresario miedoso, el padre de familia únicamente preocupado por el aprobado de sus hijos, el magalómano que desconoce las posibilidades de su propio país, el agricultor reliquia de la autarquía, el fetichista de los kilómetros cuadrados y tantos otros ejemplares de nuestra fauna pre-nacional.

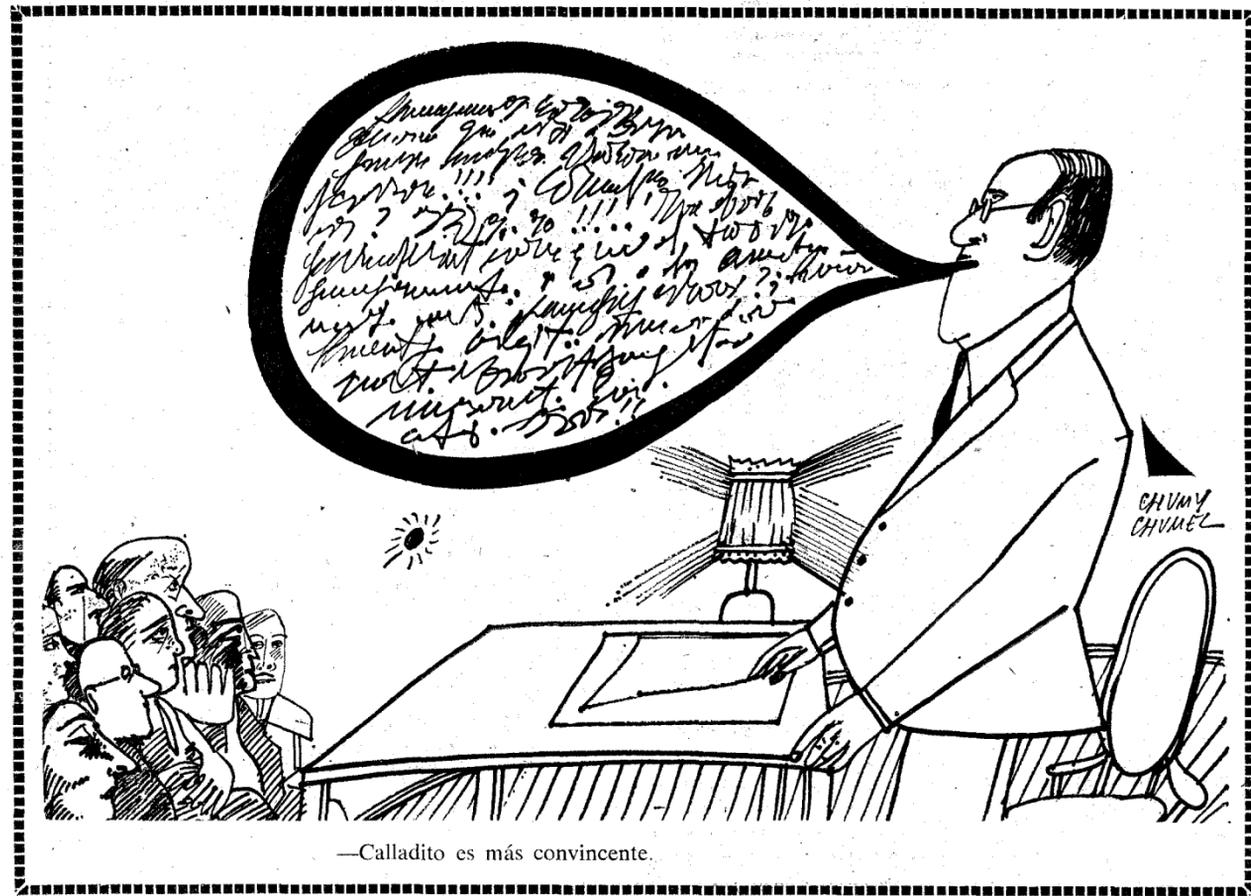
Por ello es claro que no hemos tenido eco alguno entre los responsables de una acción que **necesita** ser popular y utiliza para ello el manido recurso a la irracionalidad. Nos consta, de otra parte, que un público, representativo por lo diverso, ha seguido con interés y, a veces, incluso con simpatía los intentos de "Juan Ruiz" por convencer a sus compatriotas de la necesidad de elevar el tono de nuestra vida colectiva en los más diversos aspectos, desde la política internacional hasta las exigencias de la crítica y del público cinematográfico.

Provocar media docena de respuestas periodísticas y el elogio o la indignación de algunos lectores no es un resultado suficientemente halagüeños para la monótona tarea de sacar a luz, semana tras semana, los defectos de nuestra vida pública y proponer áridos remedios; pero el haberlo intentado en esta primera etapa que ahora concluye ha permitido a "Juan Ruiz" hacer coincidir a unos hombres que saben cómo servir a su nación, con la pasión glacial de unas técnicas que no se improvisan... y eso sí que vale la pena

**"JUAN RUIZ"**



Primeros pasos de la reforma educativa. Los expertos comenzaban a opinar



—Calladito es más convincente.